

# Textos clásicos y sus aportes al canon, o un texto clásico no nace, se hace\*

Lucía Rayas\*\*

## RESUMEN

En este artículo se analizan las importantes contribuciones de Gayle Rubin y Joan Scott a los estudios de género y por qué se han vuelto clásicos. Se exploran también algunas coincidencias en cuanto a la integración del género y la historia social a los estudios académicos. Asimismo, se analiza la forma en que Joan Scott y E.P. Thompson utilizan “experiencia”, como categoría de análisis y estrategia para hacer otro tipo de historia, de género o clase, como evidencia para cuestionar las viejas narrativas de la historia normativa.

Palabras clave: *género, canon, experiencia, clase.*

## ABSTRACT

This article discusses how and why seminal contributions by Joan Scott and Gayle Rubin became gender studies classics. Some coincidences in the reception of work by E.P. Thompson and Joan Scott within the academic community of historians are explored. An analysis of the use of “experience” as a category serving the purpose of expanding the range of historically relevant subjects in Thompson and Scott is presented. Finally, the article argues that the inclusion of gender perspective as a legitimate academic approach is indebted to the avenues opened, a few decades prior, by social history.

Key words: *gender, canon, experience, class.*

## EL CANON DEL GÉNERO

El año 2009 marca dos conmemoraciones clave para los estudios de género y las luchas feministas: se cumplen 25 años de la publicación

\* A Marisa Belausteguigoitia en su cumpleaños, con agradecimiento. A Hilda Iparraguirre, historiadora, maestra. Agradezco las lecturas, comentarios, sugerencias, observaciones y cariño de Federico, Andrés, Iván y Pamela.

\*\* Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Correo electrónico: <lrayas@colmex.mx>.

de “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, de Gayle Rubin,<sup>1</sup> y “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, de Joan W. Scott.<sup>2</sup> El aniversario de las dos publicaciones que convocan a estos escritos invita a hacer algunas reflexiones en torno a sus aportes. En primer lugar, ambas autoras contribuyen de manera muy importante a explicitar y desnaturalizar dos categorías fundamentales: género y sexo, o mejor, la sexualidad y sus prácticas. La maestría de Scott al desmenuzar los usos que se le habían dado hasta entonces al género, pero sobre todo su propuesta de usarlo como categoría analítica, ha sido fundamental, me atrevo a decir, para un número importantísimo de estudios, trabajos y deliberaciones. Rubin, por su parte, se adelantó con su texto a los planteamientos de Beijing (1995)<sup>3</sup> en cuanto a la importancia de separar la defensa de las sexualidades de la jerga del género y de los conceptos atados a éste. Sus aportes fundamentales, a mi juicio, no se quedan allí. Su texto “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo” es también básico para el estudio del género, así haya revisado en “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad” una de sus ideas fundamentales (el sistema sexo-género). Ambas ofrecen postes —en su doble sentido, de apoyo y de señal—<sup>4</sup> que han ido apuntalando los saberes tanto de las personas de “ingreso reciente” al campo como de quienes ya llevan un camino recorrido. Son, en el amplio sentido del término, textos clásicos.

En su artículo “La centralidad de los clásicos”,<sup>5</sup> Jeffrey C. Alexander anota que sólo se dan cambios en las ciencias cuando éstos van acompañados de alternativas teóricas convincentes. Los planteamientos que

<sup>1</sup> En Carol Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Editorial Revolución, 1989, pp. 113-190 (colección Hablan las Mujeres).

<sup>2</sup> En Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género/M.Á. Porrúa, 1996, pp. 265-302.

<sup>3</sup> Me refiero a la IV Conferencia Mundial sobre las Mujeres, cuya plataforma de acción dedica un apartado a la defensa de los derechos sexuales en el tema general “Salud de las mujeres”. Véase el inciso C de la plataforma de acción en <<http://www.un.org/womenwatch/daw/beijing/pdf/BDPfA%20E.pdf>>.

<sup>4</sup> Diccionario de la Real Academia Española, versión electrónica, 1997.

<sup>5</sup> Jeffrey C. Alexander, “La centralidad de los clásicos”, en Anthony Giddens *et al.*, *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza, 1990 [1987].

generan transformaciones cumplen con la necesidad de integrar al campo de estudio elementos discursivos explicativos, delimitándolos con ello. Su contribución a la sociedad es singular y permanente, y no son sólo referentes históricos, aunque puedan ser estudiados como documentos históricos en sí mismos. Resultan relevantes para el avance del pensamiento y el desarrollo de nuevas teorías al gestar generalizaciones sobre la estructura o las causas de un fenómeno social. Su aporte trasciende el tiempo y constituye los fundamentos de líneas de pensamiento. Un clásico adquiere tal carácter a partir de la propia comunidad estudiosa; la apropiación de los textos para la construcción de consensos conduce a emplear conceptos y lenguajes en común que fortalecen a la comunidad epistémica.<sup>6</sup>

De esta importancia son los aportes de Rubin y Scott. Los estudios de género construyen conocimiento no sólo para su área específica, sino para la evolución de los postulados en ciencias sociales y, necesariamente, para objetivos políticos de deconstrucción del sexismo y otras discriminaciones, así como para crear nuevos referentes que tomen en cuenta la experiencia y, con ella, las subjetividades como punto de partida para formular expresiones teóricas.

Veinticinco años después es posible hacer estas aseveraciones gracias no sólo a la mirada retrospectiva, que tanto suele aclarar los panoramas, sino también a que la escritura, hasta entonces considerada “marginal”, comenzó a colocarse firmemente en lugares protagónicos más o menos al mismo tiempo en que Scott y Rubin publicaron sus textos. No sólo las ciencias sociales y las humanidades dieron esa batalla. El campo de las letras fue probablemente el primero en sostenerla, o por lo menos donde se dio de maneras más elocuentes: tomemos como ejemplo el revuelo que causó Harold Bloom al presentar en *El canon occidental* (1994) una lista de autores<sup>7</sup> (no de obras) y una serie de criterios para estar en “el

<sup>6</sup> Una comunidad epistémica se define como un grupo de personas que comparten un conjunto de definiciones de problemas, dispositivos y vocabularios (el término *episteme* remite al de conocimiento), en UNED, *Glosario de ecología humana y sociología del medio ambiente* <<http://www.uned.es/122049/p207-glosario-a-l.htm#comunidad%20epistematica>> [Consulta: enero del 2010].

<sup>7</sup> Sí, en masculino. Hay en la lista algunas mujeres, poquísimas, y también muy pocas personas distintas de “los hombres blancos”. Sin entrar en una discusión pormenorizada, sólo quiero decir que las razones de algo así tienen su origen, todas, en la discriminación y la exclusión

canon”, en reacción a lo que él consideraba “el resentimiento” de las minorías y su afán por pertenecer a la academia. Aunque ésta es una discusión interesante y aleccionadora, lo que me importa resaltar aquí, por su relevancia, es que esta discusión contribuyó en su momento al reconocimiento de que el canon se construye también sobre bases políticas y no sólo estéticas (estamos hablando de obras literarias). Esto es de suma importancia para otros campos del conocimiento humano, por supuesto, ya que deja en claro que hay sujetos y motivaciones políticas en la creación del pensamiento.

Por otro lado, Italo Calvino, en *Por qué leer los clásicos*, provee, también desde las letras, un ejercicio rico en imágenes que refuerza desde dónde y por qué las obras del pensamiento en ciencias sociales y humanidades se vuelven clásicas. Llama la atención, antes que nada, la afirmación de que, dice Calvino, un texto clásico ejerce una influencia especial (establece una relación personal con quien lo lee) porque, además de imponerse como “inolvidable” (aquí interpreto: porque produjo una sinapsis particular, significativa, en la persona lectora), “se esconde en los pliegues de la memoria, mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual”.<sup>8</sup> Esto resulta totalmente cierto si vemos cómo, en la comunidad estudiosa del género, los planteamientos de Scott y Rubin se ven como de “sentido común”, como trasfondo de estudios e investigaciones, e incluso de acción política reivindicativa; dejan su huella en el lenguaje. La relectura de sus textos es de redescubrimiento, no sólo porque somos capaces de examinarlos contando con otros objetos de investigación, sino porque nosotras mismas cambiamos y porque, frecuentemente, una obra clásica “nunca termina de decir lo que tiene que decir”.<sup>9</sup>

De este modo, Scott y Rubin, como tantas autoras más, proveen un canon. Irrumpieron en estructuras académicas hasta entonces consideradas “intocables” al hacer teoría respecto a objetos de estudio inequívocos y representativos de sujetos sociales y de sus experiencias. De estas autoras clásicas se deriva una tradición que se expresa en diversas corrientes

tanto histórico-social (invisibilidad de los sujetos que producen las obras) como estructural (condiciones de posibilidad para la creación).

<sup>8</sup> Italo Calvino, postulado III en la sección de definiciones.

<sup>9</sup> Postulado VI en la sección de definiciones de Italo Calvino.

y en distintas disciplinas. Estimulan e inspiran el análisis de fenómenos sociales con una perspectiva de género. Legitiman las investigaciones y los postulados que las toman como punto de partida o como sustrato de las ideas a desarrollar. Parafraseando al mismo Bloom (1994), las lecturas clásicas ayudan a ordenar las lecturas y las ideas de toda una vida y su producción.

#### LA INTERSECCIÓN DE DOS HISTORIAS<sup>10</sup>

Una de las disciplinas fortalecidas por los esfuerzos de una de las autoras que nos reclaman, Joan Scott, es la historia. Ella misma recuerda, en “Unanswered questions”, el artículo que escribió para el último número de la *American Historical Review* —la revista académica de la Asociación de Historiadores Estadounidenses, del 2009—, la recepción que tuvo su clásico “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en 1985. Habla de una respuesta fría, descalificadora, de una audiencia compuesta sólo por varones que interpretaron su intervención como algo “que no era historia”. Tanto el planteamiento sobre el tema como la teoría postestructuralista que sirve de base para las reflexiones de Scott les parecían filosofía y no historia a los integrantes del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, probablemente con algo de razón en ese momento, pues una buena parte de la academia de los años ochenta aún no entendía del todo la idea de la interdisciplinariedad y la historia social<sup>11</sup> era poco aceptada aún en muchos círculos tradicionales. No sólo eso, sino que incluso hubo, en algunos medios de profesionales de la historia, hostilidad ante la teoría como parte constitutiva de la disciplina,<sup>12</sup> y una cómoda aceptación de que “existe un cuerpo de

<sup>10</sup> En adelante me referiré sólo a los aportes de Joan Scott.

<sup>11</sup> Adjudico la obra de Scott a la historia social por oposición a la historia “tradicional”, de grandes narrativas, aunque sé que no es la única forma de catalogar sus contribuciones (por ejemplo, podría también tratarse de historia de las ideas). Sin embargo, sus preocupaciones coinciden más con las academias comprometidas políticamente, como la historia social.

<sup>12</sup> Véanse las discusiones en torno al estructuralismo francés representado por Althusser en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, en especial las contribuciones de Stuart Hall y E.P. Thompson, entre otras.

conocimientos aceptados que se espera se acumulen con el paso del tiempo [y que se volverán] historia consistente y usual”.<sup>13</sup>

La historia de la integración del género como tema de análisis “legítimo” de la historia, entendida como objeto de estudio y herramienta heurística, tiene semejanzas —así como una deuda— con los esfuerzos previos de algunos historiadores por lograr que la historia social se incluyera en la academia, debido a que consideraron que había sujetos de análisis histórico subalternos tan valiosos y relevantes para el entendimiento de los procesos sociales como los que se habían considerado tradicionalmente en las narrativas históricas. La hostilidad con la que se toparon los historiadores fundadores de la historia social tuvo un pico durante los años de la guerra fría, cuando gran parte de la intelectualidad conservadora se opuso de manera frontal a las interpretaciones marxistas de la historia como parte de su gran lucha anticomunista. La idea de que la historia respondiera a “leyes del desarrollo” y de que se interpretara como un choque entre modos de producción recibió ataques constantes y exaltados.

El nacimiento de la historia social, o “historia desde abajo”, como le llamaron a finales de los años cincuenta algunos historiadores británicos, se da en una circunstancia particular, en la que algunos pensadores socialistas cuestionan las certidumbres con las que habían trazado sus reflexiones. A saber, los soviéticos invadieron Budapest (1954) y un conflicto nuclear era, en apariencia, inminente. Estos hechos, más la contienda que se dio en torno a la crítica a Stalin, condujeron a rutas distintas de imaginar la historia. Dice Edward Palmer Thompson, pionero, clásico él mismo, de esos nuevos senderos: “El ser social había hecho una entrada agitada y tardía sobre la conciencia social, incluyendo a la conciencia marxista, y el momento nos colocaba enfrente no sólo ciertas interrogantes, sino indicaciones sobre cómo esclarecerlas”.<sup>14</sup> Estos historiadores se encontraban, además, en un momento álgido de la guerra fría ideológica (*sic*), por lo que padecieron tremendos ataques.

<sup>13</sup> Raphael Samuel, “History and theory”, en *People's History and Socialist Theory*, Londres/Boston/Henley, Routledge & Kegan Paul, pp. XL-LVI. La traducción es mía.

<sup>14</sup> E.P. Thompson, “The politics of theory”, en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Londres/Boston/Henley, Routledge & Kegan Paul, 1981, pp. 396-408, *passim*. La traducción es mía.

Thompson reconoce críticamente que no se puede discutir la teoría marxista en ese lapso ocultando el hecho de que en grandes territorios del poder mundial el marxismo, o lo que pasa por éste, es avalado por una ortodoxia estatal profundamente autoritaria y hostil para los valores libertarios.<sup>15</sup> *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Thompson, obra sumamente importante para la historia social, cuyo objeto de estudio central fue un momento en la formación de la clase, le abrió la puerta a la historia social dentro de una tradición académica crítica, comprometida con valores socialistas. Desde entonces, algunas y algunos historiadores, “ocasionando una crisis en la historia ortodoxa, han alumbrado el devenir de múltiples sujetos y temas usualmente considerados marginales; sus perspectivas parten de sitios esencialmente diferentes, desde donde ningún relato es completo o completamente ‘verdadero’”,<sup>16</sup> pero sin ellos la historia permanecería parcial.

En sus orígenes, la historia social debió afrontar severas críticas dentro y fuera de los círculos de tendencia socialista en la academia (cuyos integrantes eran, a la vez, militantes), en medio de los ataques ideológicos —y a veces concretos— surgidos de la pugna entre los dos superpoderes mundiales.

### *Sobre la “experiencia”*

En su “The evidence of experience”,<sup>17</sup> Joan Scott apunta que los relatos y análisis en torno a nuevos sujetos y temas han provisto evidencia sobre valores y prácticas alternativos que retan no sólo a la historia normativa, sino también a las construcciones hegemónicas de los mundos sociales, ampliando con ello nuestra visión. Estas aproximaciones han apoyado su reclamo de legitimidad en la autoridad de la experiencia. Es así que quienes se han dedicado a escribir la historia de los grupos minoritarios, marginales, subalternos o diferentes (por usar la terminología de Scott) han documentado la experiencia de otros como estrategia para hacer

<sup>15</sup> *Idem.*

<sup>16</sup> Joan Scott, “The evidence of experience”, *Critical Inquiry*, vol. 17, núm. 4 (verano de 1991), Chicago, University of Chicago Press, pp. 773-797.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 776.

otro tipo de historia. La *experiencia* se usa como *evidencia* que puede cuestionar las viejas narrativas,<sup>18</sup> pero el concepto mismo no es una categoría fija ni ha estado al margen de las contiendas académicas, ya sea como categoría heurística o como categoría analítica.

Para E.P. Thompson dicho concepto fue fundamental en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*; usado, entre otras cosas, para cambiar el punto de partida en cuanto al sujeto histórico —aquel que tiene agencia—, su forma de utilizarlo suscitó debates y críticas durante largos años. La misma Joan Scott lo trata con detenimiento en “The evidence of experience”.<sup>19</sup> Resulta interesante discutir las propuestas de uso que ambos clásicos hacen del concepto, en vista de su preeminencia para los estudios de género, para la historia y para reconocer el legado conceptual de ambos historiadores, que, a diferencia de muchos y muchas otras, teorizan sobre sus pesquisas, interrogan paradigmas y amplían el canon.

Thompson usa la experiencia como aquello que funciona como puente entre la mera existencia de la lucha de clases —como situación objetiva— y la constitución de la clase como sujeto histórico. Dice Thompson en “Tradición, revuelta y conciencia de clase, ¿lucha de clases sin clases?”:

no hay examen de determinantes objetivos [...] que pueda ofrecer una clase o conciencia de clase en una ecuación simple. Las clases acaecen al *vivir* los hombres y las mujeres sus relaciones de producción y al *experimentar* sus situaciones determinantes, dentro “del conjunto de relaciones sociales”, con una cultura y unas expectativas heredadas, y al modelar estas experiencias en formas culturales.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> El estatus de la evidencia en la historia es, por lo demás, ambiguo, pero ésta es una discusión a la que no entraré.

<sup>19</sup> Scott critica que parta de una experiencia unificada, dada por la relación de los obreros con los medios de producción, sin prever distinciones de otra naturaleza, como, por ejemplo, étnicas, religiosas, de origen geográfico... lo que excluye, tácitamente, aspectos completos de la organización social que producen experiencias, luego subjetividades, no uniformes. Concluye su crítica al observar que, debido a la manera en que Thompson esencializa las experiencias de la clase obrera, el uso de “experiencia” se vuelve la fundación ontológica de la identidad, la política y la historia de la clase (p. 786, véanse también las páginas 784-785).

<sup>20</sup> E.P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Editorial Crítica, 1979, p. 38.



Después, en 1981, en la compilación que hace Raphael Samuel, donde aparecen, entre otras contribuciones, varias que versan sobre la obra de Thompson, en particular sobre *Miseria de la teoría*, y algunas que discuten críticamente el concepto de experiencia, aclara que lo utiliza con doble significación: experiencia I, o experiencia vivida, y experiencia II, o experiencia percibida, que muchos conectan de inmediato con conciencia social (en el sentido marxista, por supuesto). Thompson aclara:

aquello que vemos —y estudiamos— son sucesos repetidos dentro del “ser social” —eventos que con frecuencia son, en efecto, consecuencias de causas materiales que suceden de espaldas a la conciencia o a la intención— que inevitablemente dan pie, y deben hacerlo, a una experiencia vivida, experiencia I, que no se manifiesta instantáneamente como un “reflejo” en la experiencia II [percibida], pero cuya presión sobre el campo completo de la conciencia no puede alejarse, posponerse, falsificarse o suprimirse por la ideología de manera indefinida.<sup>21</sup>

Thompson, crítico de las expresiones rígidas del materialismo histórico, sigue siendo materialista en sus aproximaciones al sujeto, que recupera en su análisis de la clase obrera inglesa en los siglos XVIII y XIX. Congruente con su meta explicativa, hace confluir el ser social con la experiencia colectiva —en la gesta de adquirir conciencia de clase— “de muerte, crisis de subsistencia, desempleo, inflación, genocidio. La gente muere de hambre; sus sobrevivientes conciben el mercado de otra manera. Se les aprisiona; piensan en la ley de otros modos”.<sup>22</sup> De este modo, sostiene Thompson, se llevan a cabo cambios en el ser social que dan paso a una experiencia mutada que resulta determinante, ya que ejerce presión sobre la conciencia social y propone nuevas preguntas. Se trata, en suma, como ya se apuntó, de una especie de sustancia que ata la situación objetiva —pertenencia a la clase— a la conciencia de ello.

Desde el título de su texto, “The evidence of experience”, Joan Scott alude a una discusión medular para la academia dedicada a la historia,

<sup>21</sup> Thompson “The politics of theory”, en Raphael Samuel (ed.), *People’s History and Socialist Theory*, Londres/Boston/Henley, Routledge & Kegan Paul, p. 406. La traducción es mía.

<sup>22</sup> *Idem*.

la cual tiene que ver con las pruebas materiales; un empirismo que se obstina en dejar las discusiones teóricas lejos del quehacer historiador. A tono con los diferentes momentos en que ambos autores producen su obra, Scott anota rápidamente tanto la fortaleza como la debilidad del uso de la experiencia como evidencia. Por un lado, su fortaleza al aceptarla —por su naturaleza individual, subjetiva— como evidencia y como punto de partida para cualquier explicación y, por el otro, su debilidad cuando se trata de sujetos “diferentes” (léase “el otro”: sabemos que siempre es el otro aunque se trate de minorías femeninas), lo que mella el filo crítico de los estudios sobre la diferencia, al tomar como dadas las identidades de aquéllas y aquéllos cuyas experiencias se documentan, naturalizando de este modo su diferencia.<sup>23</sup> Es necesario desestabilizar los términos —lingüísticos y del análisis— como condición para hacer frente a la ideología —o historia— hegemónica y normativa, pero también hay que preguntarse, sugiere Scott, sobre la constitución de los sujetos “diferentes”, sobre cómo se llega a tener un punto de vista diferenciado(o posición de sujeto) y sobre la naturaleza construida de las experiencias de dichos sujetos, antes de correr el riesgo de reificar tanto la diferencia como la experiencia. Hay que prestar atención, entonces, a los procesos históricos que mediante el discurso dan un lugar a los sujetos (producen subjetividad) y originan sus experiencias, y, con esto, también generan identidad(es). De este modo, Scott no tiene que justificar, a diferencia de Thompson, lo válido del uso de “experiencia”, sino que advierte de qué maneras puede invalidar o hacer superfluas las indagaciones históricas.

No debe sorprendernos, me parece, que ambos encuentren en la experiencia —como fenomenología— un elemento detonador de la acción política. Sin decirlo de esta manera, pareciera que E.P. Thompson intuye —o sabe— que la experiencia vivida forma subjetividades (o posiciones de sujeto) y sugiere que éstas son capaces de producir respuestas contra las condiciones que padecen; en este caso los obreros ingleses al despegar el capitalismo. Parece afirmar que experimentar estas condiciones de vida conduce a una percepción de experiencia (colectiva)

<sup>23</sup> Véase Scott, “The evidence of experience”, *Critical Inquiry*, vol. 17, núm. 4 (verano de 1991), Chicago, University of Chicago Press, pp. 773-797, y *passim*.

que va a llevar a la conciencia social de clase (al actuar como “clase para sí”). La novedad —en ese momento, a finales de los cincuenta del siglo pasado y un par de décadas después— de reivindicar categorías que aluden a los individuos como parámetros motivacionales colectivos planteaba un reto ante una academia mayormente acostumbrada a avalar o trabajar dentro de las premisas de la gran narrativa estructuralista de los modos de producción (sin sujeto actuante). Con Thompson, los sujetos entran a la historia.

Si bien a lo largo de su discusión sobre la experiencia Scott ha señalado que ésta se refiere tanto a la de los sujetos que se estudian como a la de la historiadora que analiza, menciona que, en el caso de las historiadoras feministas, su uso ha ayudado a legitimar la crítica contra el sesgo masculinista, que pretende objetividad, de las narrativas históricas tradicionales.

Pero, ¿cómo damos autoridad al nuevo conocimiento si la posibilidad de toda objetividad histórica se ha cuestionado? Al apelar a la experiencia que, en esta acepción, connota tanto la realidad como su aprehensión subjetiva —la experiencia de las mujeres en el pasado y de las mujeres historiadoras que pueden reconocer algo de sí mismas en sus antepasadas.<sup>24</sup>

La historia social permite este paso. La experiencia vale siempre que las fuentes y las “evidencias” se expliquen y se haga una presentación del punto de vista desde el que parte el análisis, incluyendo la experiencia que parte de las representaciones (de las mujeres, los indígenas, las minorías políticas). Y como se supone que la experiencia compartida de las mujeres encausa la resistencia contra la opresión, esto es, el feminismo, la posibilidad de una acción política descansa o se sigue de una experiencia común preexistente.<sup>25</sup>

La experiencia, como categoría de análisis y como herramienta metodológica de la historia, es algo que también defienden ambos autores. Scott desde una trinchera más probada, y señalando la cautela que

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 786.

<sup>25</sup> Siempre historizada, esto es, cuestionada, relativizada y matizada por el contexto en que se ubique. Aquí, me parece, viene al caso recordar que independientemente de las formas que asuma en diferentes momentos y lugares, la condición subordinada de las mujeres (por hablar de ellas) ha sido y es común.

requiere el caso: tomar las categorías de análisis, tal como “experiencia”, como categorías inestables —esto es, que requieren de contextualización y relativización, que son discursivas<sup>26</sup> y contingentes, pero también políticas—. Thompson cava la trinchera; debe defender su punto de vista acerca de por qué la categorización con la que innova en su magistral texto (“experiencia” no es más que uno de los frentes por los que se le ataca) es útil para la historia, para la historia social (o cualquier otro nombre) y para los fines políticos que motivan sus escritos.<sup>27</sup>

#### CODA

La historia con perspectiva de género y la historia de la incorporación del género al canon —reconociendo que en ciertos ámbitos se sigue luchando por lograrla— están en deuda con la historia social y con la corriente progresista que le da nacimiento en la segunda mitad del siglo XX. Ambas debieron enfrentar posturas cerradas y hasta intransigentes; pero no sólo eso, sino que si se lee o relee a autores clásicos de la historia social encontramos paralelismos —entre éstos y las autoras feministas, o historiadoras del género— en las categorías de análisis y hasta en los modelos argumentativos. El recorrido que hice de la “experiencia” en Thompson y en Scott es un ejemplo de ello, aunque queda clara la distancia entre ambos usos (podemos decir que hay que verlos en contexto, como recomienda y reitera Joan Scott). Por lo demás, no es gratuito que tanto *género* como *clase* sean categorías ordenadoras del mundo a nivel simbólico, ni es tampoco gratuita la influencia del post-estructuralismo en E.P. Thompson y en Joan Scott, pese a que muchas de sus otras influencias no coincidan

Resta hacer algunos comentarios importantes: por un lado, que el canon del pensamiento en torno al género cuenta también con pensadoras y pensadores provenientes de otras latitudes (francesas por supuesto, italianas, españolas, latinoamericanas) y que Gayle Rubin y Joan Scott son, a su vez, herederas de ideas y elaboraciones previas. Por otro, retomando una vez más a Scott, que el género como categoría es útil

<sup>26</sup> Tanto una interpretación como algo que requiere ser interpretado.

<sup>27</sup> Véase Thompson, *Miseria de la teoría*.

cuando se trata de una pregunta abierta “que sólo se responde gradualmente, a través de las investigaciones de las estudiosas, las historiadoras entre ellas”.<sup>28</sup> Repasar la historia de la historia traza mapas que amplían horizontes. En palabras de Ortega y Gasset: “el pensamiento para no perderse tiene que buscar la orientación en sí mismo volviendo de tiempo en tiempo la mirada a la estela que su propio movimiento ha formado”.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> “Unanswered questions”.

<sup>29</sup> José Ortega y Gasset, “Tercera conferencia”, en *Meditación de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 6.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, Jeffrey C. “La centralidad de los clásicos”. En *La teoría social hoy*, de Anthony Giddens *et al.* Madrid: Alianza, 1990 [1987].
- Beijing Declaration and Platform for Action*, publicado en la página de la Division for the Advancement of Women de la ONU, 1995. Disponible en: <<http://www.un.org/womenwatch/daw/beijing/pdf/BDPfA%20E.pdf>> [Consulta: julio del 2010].
- BLOOM, Harold. *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama, 1995 [1994], p. 588.
- CALVINO, Italo. *Por qué leer los clásicos*. Barcelona: Tusquets, 1992, p. 140. Disponible en: <<http://www.scribd.com/doc/8704831/Calvino-Italo-Por-Que-Leer-Los-Clasicos>> [Consulta: junio del 2010].
- COLECTIVO DE RAZÓN Y REVOLUCIÓN. “Thompson: Historia y compromiso, Dossier: E.P. Thompson”. En *Razón y Revolución*, núm. 1, otoño, reedición electrónica. Disponible en: <<http://www.razonyrevolucion.org.ar/textos/revryr/intelectuales/ryr2ColectivoryrThompson.pdf>> [Consulta: enero de 2010].
- Diccionario de la Real Academia Española*, versión electrónica, 1997.
- ORTEGA Y GASSET, José. “Tercera conferencia”. En *Meditación de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 75-98.
- RUBIN, Gayle. “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”. En *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, compilado por Carol Vance. Madrid: Editorial Revolución, 1989 [1984], pp. 113-190 (Col: Hablan las Mujeres).
- SAMUEL, Raphael. “History and theory”. *People’s History and Socialist Theory*, ed. por Raphael Samuel. Londres/Boston/Henley: Routledge & Kegan Paul, 1981, pp. XL-LVI.
- SCOTT, Joan. “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. En *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, compilado por Marta Lamas. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género/M.Á. Porrúa, 1996 [1986], pp. 265-302.

\_\_\_\_\_. "The evidence of experience". *Critical Inquiry*, vol. 17. núm. 4 (verano de 1991), Chicago, University of Chicago Press, pp. 773-797.

THOMPSON, E.P. "Tradición, revuelta y conciencia de clase, ¿lucha de clases sin clases?" En *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, traducción de Eva Rodríguez. Barcelona: Editorial Crítica, 1979, pp. 13-61.

\_\_\_\_\_. "The politics of theory". En *People's History and Socialist Theory*, ed. por Raphael Samuel. Londres/Boston/Henley: Routledge & Kegan Paul, 1981, pp. 396-408.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA. "Glosario de ecología humana y sociología del medio ambiente". Disponible en: <<http://www.uned.es/122049/p207-glosario-a-l.htm#comunidad%20epistemica>> [Consulta: enero de 2010].

